

1967-1971. EUROPA CAMBIA DE AMO

- por el general P. GALLOIS -

(Traducido por el Coronel de Ingenieros DEM y
EMACON D. Juan Manuel Sancho-Sopranis)



Febrero, 1972.

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 61-VI

Después de los trastornos de una guerra de exterminación que había hecho más de 50 millones de víctimas, lastimados y como atontado por la amplitud de las destrucciones, el mundo pareció, durante algún tiempo, buscar un statu quo reparador.

Desde hace cuatro años, por el contrario, la marcha del tiempo se ve acompañada por brutales transformaciones de las que la mayor parte interesa a los países de Europa y atañen a su seguridad. No es solamente "por el lado de Constantinopla" - como escribía Víctor Hugo en las "Orientales" - donde falla el statu quo europeo; es por todas partes.

INNOVACION TECNOLOGICA

Hoy día, la innovación tecnológica se halla en el origen del acontecimiento. Los gobiernos compiten en velocidad para suscitarla. Se esfuerzan en ser los más rápidos en explotar sus efectos, en poner el invento al servicio de su política, en fundar sobre ella su diplomacia, en hacer de ella el instrumento de sus ambiciones:

- Así Krushchev que, tan pronto como sus fuerzas armadas dispusieron de cohetes capaces de alcanzar el territorio americano, aceptó el riesgo - a partir de entonces, calculado - de abandonar la estrategia secular de la Rusia replegada sobre sí misma, amparada por su propia inmensidad, para ir a colocar ingenios balísticos casi en las aguas territoriales americanas, consiguiendo de este modo lo que quería, o sea, que Washington renunciase a atacar a Cuba y que Fidel Castro se mantuviese en La Habana.
- Así la misma América que, en cuanto perdió la invulnerabilidad natural que sacaba de su posición geográfica - en 1960 - y supo que estaba dentro del alcance de los cohetes balísticos soviéticos, modificó de punta a cabo su estrategia en Europa, tratando de disminuir allí los riesgos propios e incluso pensando en garantizar la defensa con medios clásicos, con el fin de no comprometerse en lo nuclear.
- Así Francia que, en cuanto consiguió forjarse un arsenal atómico a la medida - del lugar relativamente modesto que ocupa en el mundo, recobró su libertad -

con respecto a la organización atlántica, estimando que sus propios intereses - no eran siempre conformes con los del caudillo de la coalición occidental.

- Así China que, ella también, apenas dotada de un embrión de fuerza nuclear - de corto alcance, enseñó los dientes sobre la frontera con la Unión Soviética, a la par que seguía siendo muy prudente con respecto a los Estados Unidos toda vía - y temporalmente - fuera del alcance del armamento moderno de Pekín.
- Así las negociaciones acerca de la limitación de las armas estratégicas, o SALT, deseadas por ambas partes porque, por ambas partes, los sabios y los técnicos - consiguieron poner a punto armas nuevas, parcialmente "desestabilizadoras", - como hoy se dice en la jerga estratégica.

Pero los Estados más potentes, más ampliamente dotados en cuanto a técnica y a dominio de su más ambicioso porvenir, no utilizan solamente su adelanto para desplazar impúnemente sus propias piezas sobre el tablero de ajedrez mundial. Explotan hábilmente el esoterismo de las técnicas nuevas que, en cierto modo, segregan casi a diario para engañar a las opiniones públicas, para especular acerca del razonamiento por analogía con las situaciones del pasado - aunque éstas estén totalmente superadas - para pa recer limitarse a lo verosímil, siendo así que éste se revela a menudo falso, en resumen, para jugar su propio juego político merced a la innovación tecnológica que les sirve doblemente: conocen sus posibilidades mientras que el resto del mundo no comprende ni sus límites, ni el alcance real, por ser propenso a jugarse su porvenir con ideas de ayer.

- Así la conquista del espacio que mañana pondrá al alcance de los Grandes la conciencia de cada uno de nosotros y que se nos presenta abusivamente como - un terreno reservado para los más potentes, aunque sólo sea para asegurarse la exclusividad de tal control de las masas.
- Así la proliferación de las armas nucleares, descrita como un peligro para la humanidad, con objeto de mejor conservar su monopolio, con su poder de hegemonía, cuando hay que rendirse a una evidencia: la posesión de las armas nuevas lleva al statu quo obligado de los que las poseen, y esta forma de paz es indudablemente preferible a los enfrentamientos de antaño. El análisis objetivo demuestra que la humanidad no tiene nada que perder con una cierta generalización de este tipo de armamento.
- Así las nuevas formas de energía, indispensables para los países de Europa y de las que los Grandes, evocando las inversiones necesarias, se esfuerzan en conservar las fuentes para mejor controlar su empleo y utilizarlas en el plano político.

- Así las coaliciones militares que encabezan y cuyas virtudes pretenden hacer creer que subsisten, en la era del átomo, fingiendo ignorar que si, ayer, el riesgo de entrar en guerra consistía en perder un cuerpo expedicionario, hoy significa llegar al "genocidio" nacional. Debido a la innovación tecnológica, la seguridad no puede depender de los demás, ya que éstos sólo aceptarían ir a la destrucción total en caso de grave peligro para ellos mismos, considerados individualmente. En pocas palabras, la seguridad sólo depende de uno mismo.

*

*

*

En 1960, la pérdida del monopolio de la invulnerabilidad con que contaba América, la iniciación de un nuevo plan de super-armamento lanzado por el Presidente Kennedy en 1961, la crisis de Cuba el año siguiente, la puesta a punto, en secreto, tanto en los Estados Unidos como en la Unión Soviética, de nuevas armas ofensivas - ojivas múltiples - y de armas defensivas - sistema antimisiles o DCM - han sido los signos precursores de los trastornos que hoy presenciamos y de los que podemos ser las víctimas mañana.

*

*

*

CRISIS DE ORIENTE MEDIO

La guerra de los seis días es, cronológicamente, el primero de estos acontecimientos, para nosotros determinantes.

Antes del mes de junio de 1967, el Mediterráneo era un mar "occidental". La Sexta Flota americana reinaba en él, prácticamente sola. El Bósforo seguía filtrando los pocos buques soviéticos que se aventuraban en él, carentes de bases y bajo la vigilancia de los radars y de los sonars de la NATO. Antes de junio de 1967, Israel tenía que vérselas con un mundo árabe dividido, que sólo contaba consigo mismo. Antes de junio de 1967, lo esencial del abastecimiento energético de los países de Europa dependía de Estados militarmente débiles, desprovistos de un gran protector y más inclinados a sacar provecho de las riquezas de su subsuelo que a desempeñar un papel político, precisamente gracias a esas riquezas.

Cuatro años más tarde, y a causa de esta guerra, todo ha cambiado en esta parte del mundo y con detrimento nuestro. Mientras el Almirante Kidd manda una flota de

unos cincuenta buques, el Almirante ruso Leonenkov dispone de unos 70. A las bases navales de las que la NATO tenía el monopolio en el Mediterráneo, los Soviéticos oponen ahora Latakía, Port-Sais, Alejandría, Marsa Matruk, mientras que en el Mar Rojo y en Océano Indico se han instalado en el Yemen, en Eritrea y en Socotra desde donde se preparan simultáneamente a controlar las rutas de los petroleros en tránsito hacia el Cabo y a vigilar la penetración China en tierra y las trayectorias de los misiles experimentales en el espacio.

El material de armamento soviético está ahora a pie de obra en todo el contorno meridional de la cuenca mediterránea: no sólo han sido llevados a Egipto nuevos Mig 21 -el modelo J- sino que el "Foxbat", el último aparato soviético, de grandísimas posibilidades -está desplegado detrás del canal de Suez, protegido por una formidable -- concentración de ingenios defensivos perfeccionados. Estos medios están servidos por combatientes ejercitados, por numerosos técnicos, acompañados por consejeros técnicos y económicos; justifican una importante presencia soviética que modifica la situación política y social en el Mediterráneo.

Finalmente y sobre todo, la parte de los países árabes y del Irán en los abastecimientos de Europa de petróleo irá creciendo. Por lo que a Francia se refiere, pasará -del 24% de las necesidades en 1960 al 60% en 1975. Antes de junio de 1967 era evidente que el Oriente Medio productor y que Europa consumidora eran, en este aspecto, complementarios, mutuamente interesados en el mantenimiento de tal abastecimiento. Cuatro años más tarde, todo ha cambiado, o casi. Rusia soviética ha extendido la realidad de su potencia a la cuenca mediterránea. Bajo su protección, los Estados productores - pueden adoptar una nueva actitud. Saben que ahora tienen todos los triunfos en la mano, por lo menos con respecto a los países de la Europa occidental. Pueden, casi a su guisa, hacer subir progresivamente el precio de la energía en Europa y demostrar de este modo la incapacidad del sistema político y social occidental para dominar los precios de sus productos, suscitando la insatisfacción, incluso la recesión, con las graves consecuencias políticas que ello supone. ¡Curiosa Europa la que hoy se forma y de la que una parte importante de las fuentes de energía depende -a través de personas interpuestas- de los Soviéticos y cuya energía de mañana dependerá -si se descuida- de América!

Unos días antes del desencadenamiento de las operaciones en Oriente Medio, - el General de Gaulle había participado a Abba Eban su inquietud debida a la crisis provocada por la actitud de Egipto respecto a la navegación por el estrecho de Tirana. "Ne gocie Vd. Si entran Vds. en guerra", dijo en substancia el General al Ministro israelí - "y pierden, Vds. serán destruidos. Pero Vds. ganarán y entonces los egipcios derrotados sólo podrán pedir socorro y rehabilitación a los soviéticos. Estos, a cambio de su ayuda, y por ser llamados por los árabes vencidos, se instalarán en el Mediterráneo y tendrán - Vds. que vérselas indirectamente, e incluso directamente, con ellos. Negocie Vd., ne gocie Vd., muchos os ayudarán a ello". Aunque estaba convencido de lo acertado de este punto de vista, Eban fue incapaz de convencer al gobierno de Tel Aviv, justamente inquieto por las manifestaciones belicosas de los Egipcios.

Conocemos lo que resultó.

Desde 1965, los Soviéticos han sustituido en la India a los Británicos y a los Americanos. Penetran en el Golfo Pérsico y ya están en el Mediterráneo.

Hace quince años, en el SHAPE, en Rocquencourt, el papel de la NATO se justificaba enseñando, sobre un mapa de Europa, una cinta tendida desde el Cabo Norte a Turquía oriental, pasando por Berlín, Trieste y Estambul, que materializaba una línea infranqueable porque al Oeste de esa línea se encontraba el terreno garantizado por la NATO. Hoy día habría que poner un alfiler en Gibraltar y llevar la cinta directamente al Estrecho, admitiendo la pérdida del Mediterráneo. Es un fracaso de la NATO del que poco se habla pero que, por su gravedad, compromete la seguridad de Europa occidental y amenaza desde ahora sus abastecimientos.

Absorbida por la guerra de Vietnam y por la crisis moral y material que padece, América se preocupa más de sus asuntos internos que de los intereses de los países de Europa occidental que la NATO - que ella domina - estaba encargada de proteger.

No se han dado cuenta, en Washington, que para conservar el dominio del Mediterráneo no bastaba con desplegar en él la flota más potente del mundo. Había que hacer una elección política y la que se ha hecho no está de acuerdo con los intereses de los países europeos tributarios del petróleo árabe.

Tampoco es seguro que esta elección haya sido la buena para los mismos Estados Unidos. En 1956, el Departamento de Estado hizo defender el Cairo, mientras que, once años más tarde, protegía Tel Aviv (1). Hoy, la Casa Blanca negocia para conseguir la reapertura del canal de Suez, vía marítima indispensable para la instalación de los soviéticos en el Océano Índico y para el control que tratan de ejercer sobre las rutas del petróleo, después de haberse asegurado sus fuentes. Pudiera ser que esta clase de diplomacia se emparentase con la de Gribouille. (2).

(1) En 1948, James V. Forrestal, Secretario de Defensa, ya se había opuesto al plan de reparto de Palestina de la ONU. "Los Estados Unidos correrían el riesgo - abriendo de este modo el camino de la URSS en el Mediterráneo - de perder el libre acceso del petróleo de Oriente Medio". Ver "O Jerusalén" - D. Lapiere y L. Collins - página 197. Y también "Si los Estados Unidos reconocen un Estado judío y siguen proporcionando su apoyo sin reserva a la política sionista, la Unión Soviética se convertirá antes de veinte años en la potencia dominante en el Oriente Próximo". George Wadsworth, embajador americano en Oriente Medio, página 336.

(2) Personaje símbolo de la simpleza. Un día de lluvia, Gribouille se metió en el río para que la lluvia no lo mojara. (N. del T.).

Al recibir a Mr. de Lesseps en la Academia Francesa, el 23 de Abril de 1885, Ernesto Renan le dijo: "... Hasta ahora, un solo Bósforo había bastado para las molestias del mundo. Vd. ha creado otro, mucho más importante que el anterior... De este modo Vd. habrá marcado el lugar de las grandes batallas del porvenir".

La batalla ha tenido lugar. Y ha sido perdida.

*
* *

CHINA, POTENCIA TERMONUCLEAR

Para pasar de la primera explosión experimental atómica al primer ensayo termonuclear, América necesitó siete años, y la Unión Soviética cuatro. Menos de tres años han bastado a China.

Mientras todos los Estados dedicados a dominar el átomo militar habían empezado por la aproximación de masas de plutonio, China debutó con la implosión de uranio muy enriquecido.

Mientras América explicaba al mundo que sólo los Estados equipados con potentes ordenadores podían resolver el problema de lo termonuclear y, bien endoctrinada, una amplia parte de la opinión pública condenaba al fracaso los esfuerzos de Francia en esta materia, China batía todos los records de velocidad en cuanto al dominio de la fusión del átomo aunque diste mucho de ser una Potencia bien dotada de calculadoras.

La misma campaña demostraba que sin un desarrollo industrial intenso, sin una clase de científicos y de técnicos muy numerosa y muy evolucionada, sin una economía general floreciente y sin un producto nacional bruto de los más elevados era vano intentar disponer de un arsenal termonuclear. China demostró lo contrario, ella cuyo PNB era entonces inferior a los dos tercios del de Francia. Y lo hizo brillantemente: con sólo seis explosiones experimentales reveló su capacidad de utilizar el uranio enriquecido, de lanzar desde aviones sus primerísimas cargas explosivas, de adaptarlas a un misil lanzado a 600 km. y, el 17 de junio de 1967, de lanzar desde un bombardero un proyectil de varios megatones.

Este éxito y, más generalmente, el arsenal nuclear de China, conciernen los países de Europa. Estos creían que, como únicos herederos directos de la mutación industrial del siglo XIX europeo, podían conocer los caminos y los medios de la ciencia contemporánea. Se imaginaban que no había más camino que el que habían recorrido y en

cual América los había adelantado porque el monopolio de inmensas riquezas le confería naturalmente el monopolio del adelanto técnico. Finalmente Europa - lo mismo que el resto del mundo - no se había dado cuenta de que el sistema bipolar iba a llegar tan pronto a su final. Po modestos que fueran, los hongos atómicos del Si-Kiang creaban en esta tierra unas novísimas condiciones de equilibrio.

Contrariamente a lo que declararon muchos Americanos, aunque especialistas - de asuntos nucleares, el gobierno de Pekín ha comprendido perfectamente el significado real del armamento nuevo. Se ha comportado con la máxima prudencia frente a América en la crisis del Suresta asiático. Con respecto a Rusia, China ha corrido el riesgo de los incidentes del Usuri porque se sentía capaz de disuadir a los Soviéticos de explotar contra ella su aplastante superioridad estratégica. Tanto como el más perspicaz de los hombres de Estado de Occidente, el Mariscal Chen-Yi sabía perfectamente, desde 1966, que tal armamento no se subasta en plaza pública. En aquella época declaraba a la prensa: "Por lo que respecta a los usos pacíficos de la energía atómica y a la construcción de reactores atómicos, China ha sido consultada por varios países y está dispuesta a concederles ayuda. Por lo que se refiere a su petición de ayuda referente a la fabricación de bombas atómicas, este asunto no es realista..." Y el mariscal añadía, con un tanto de cinismo: "... El justo combate de los países afro-asiáticos contra el imperialismo es la mejor bomba atómica". (1).

El dominio por parte de China de las técnicas complejas del armamento nuevo y el éxito del programa nuclear chino permiten hacer las siguientes comprobaciones:

- 1). Cualquiera que sea la extensión de su territorio y la importancia numérica de su población (alrededor de 830 millones en 1970), China no es invulnerable a los efectos del arma termonuclear. Se ha creído inteligente deducir de su riqueza demográfica un cierto desprecio del átomo y hacer decir y repetir a sus dirigentes que si perdiesen incluso dos o tres cientos millones de seres humanos, no dejarían de ser los vencedores en cualquier conflicto de exterminio. Esto carece de sentido; lo cierto es que la China de hoy no podría soportar tales pérdidas de vidas humanas sin que una gran parte de sus bienes materiales quedase aniquilada. Una parte de la obra de construcción del gobierno de Mao Tse Tung, laboriosamente llevada a cabo durante los últimos veinte años quedaría volatilizada. Como cualquier otro estado, China tiene puntos débiles. Unas veinte aglomeraciones cuentan con más de un millón de habitantes que representan todavía lo esencial de su potencial intelectual, científico e industrial. Las grandes obras que regulan su hidrografía constituyen numerosos blancos, fáciles y cuya destrucción tendrían efectos particularmente dañinos. Chi-

(1) Citado por André Gauvenet "las pruebas nucleares chinas". Revista de Defensa Nacional de noviembre de 1967 y por H. Halpern en el "Bulletin of the Atomic Scientists" de diciembre de 1966.

na no es vulnerable por su población, sino por sus bienes. Se conoce el trabajo de termitas de los chinos tendente a crear un verdadero urbanismo subterráneo en el -- que la población y, poco a poco, los medios de producción cada vez más importantes hallan refugio. Pero la destrucción de unos sesenta objetivos de superficie pesaría aún gravemente sobre el desarrollo del país. Cuesta trabajo imaginar una puesta política a la medida de las pérdidas correspondientes. Este enterramiento sólo se -- justifica con fines defensivos, no ofensivos, o sea en el marco de una agresión del que sería el corolario.

Recordemos, a título de comparación y para subrayar la importancia de la revolución estratégica de la que somos testigos más o menos conscientes, que en el otro extremo de la gama de las poblaciones y de la extensión geográfica, Estados como Dinamarca o Suiza se hallan amenazados de destrucción casi total por el impacto de 5 ó 6 proyectiles nucleares solamente. Por lo tanto, entre la gigantesca China y el minúsculo Dinamarca, la nueva relación de vulnerabilidad puede ser que sólo sea de 100 a 5 ó 6 y, para una tercera Potencia que disponga de varios centenares de -- vectores termonucleares, apenas habría diferencia entre el hecho de lanzar 5 contra Dinamarca o 100 contra China. En cuanto a los resultados, pudiera ser que fueren comparables, aunque sólo fuese porque China, en su carrera hacia la potencia, habría perdido brutalmente lo esencial de su impulso.

El gobierno de Pekín tiene plena consciencia de esta nueva situación. Lleva a cabo con prudencia una estrategia disuasiva basada en sus primeras realizaciones nucleares. Pero, además, China es sin duda la única Potencia capaz de añadir a su política de disuasión el "erizo" de una vasta resistencia popular, encuadrada por un ejército clásico, que oponga la guerrilla a cualquier agresor que intente explotar -- in situ los efectos de su ataque nuclear. Y en esto se distingue de cualquier otro país, incluida Rusia soviética que parece haber superado el estado de desarrollo económico y social correspondiente a estas dos estrategias complementarias. No por -- ello deja de ser cierto que es difícil concebir un Jefe de Estado chino que especule sobre este segundo aspecto estratégico, aceptando la destrucción, en pocos minutos, de las realizaciones materiales que, en menos de un cuarto de siglo, han hecho de China una Potencia con la que el mundo tiene que contar de ahora en adelante.

- 2). Contrariamente a lo que persisten en escribir la mayor parte de los expertos americanos -- como si intentasen tranquilizarse -- China ya posee una fuerza de disuasión -- "creíble" en su periferie, (1) o sea que su arsenal nuclear, por limitado que sea to-

(1) Recogiendo, sin someterlo a análisis, un estudio americano publicado en "Foreign Affairs", el Instituto francés de polemología (julio de 1971) cree deber escribir que "hasta 1975, la fuerza nuclear (china) no supondrá... una disuasión creíble". Frente a la URSS, esta afirmación carece de fundamento.

davía si se le compara al de la Unión Soviética, no deja de ser temido por Moscú - hasta el punto de que éste sepa que, a partir de ahora, se impone el statu quo entre las dos Potencias. Con sus 200 ó 300 cargas explosivas nucleares y sus millares de vectores aéreos (cazas de ataque al suelo, bombarderos medios) incluso subsónicos, China mantiene bajo su amenaza a la casi totalidad de los bienes soviéticos en Siberia. Su destrucción supone un riesgo que la URSS no puede correr. La superioridad del número de vectores y de las ojivas nucleares de los Soviéticos ya no tiene el mismo significado militar y, por consiguiente, político que el que tenía hace -- unos años. Si bien los Soviéticos siguen siendo capaces de destruir fácilmente la China urbana e industrial, ya no pueden hacerlo sin exponerse a un represalia nuclear, demasiado devastadora para ser soportable. Frente a América, espectadora de tal pugilato, Rusia habría perdido para mucho tiempo la carrera hacia la potencia y habría bajado varios pisos en la jerarquía de los grandes Estados de este mundo.

En cambio, militarmente, China nada puede todavía contra el territorio de los Estados Unidos. Sus vectores no tienen la "alargadera" suficiente para alcanzarlo. Pasarán aún varios años antes que los submarinos lanzamisiles de Pekín o sus -- ingenios balísticos de gran alcance destruyan una asimetría hoy ventajosa para los Estados Unidos. Se producirán entonces una transformación de las relaciones chino-americanas análoga a la que la URSS impuso a los Estados Unidos cuando empezó a disponer de cohetes de largo alcance. El asunto de Cuba, hace unos diez años, fue el pretexto elegido para fundamentar las relaciones entre los dos pueblos sobre una nueva base, al reconocer Washington que existía un segundo "Grande". Dentro de poco, pudiera ser que Formosa se convirtiera, a su vez, en la causa de enfrentamiento diplomático del que resultara claramente que, al poder China hacer también uso de represalias respecto a Estados Unidos, el juego mundial tendría a partir de entonces que ser jugado entre tres al reconocerle Rusia y América a la recién llegada una -- cierta paridad de potencia. Y China lo sabe, por distintas que sean las panoplias nucleares respectivas y por aplastantes que parezcan las armas americanas o soviéticas. Y para llegar a esta forma de paridad sacrifica mucho en beneficio de su programa nuclear.

- 3). Se plantea la cuestión de saber si China, como Estados Unidos y la Unión Soviética, llevará a cabo, ella también, la nueva forma de "política de potencia" que parecen adoptar los grandes Estados con territorios "santuarizados" por el átomo. Durante el decenio anterior, todo ha sucedido como si los gobiernos de Washington y de Moscú, conscientes de esta ventajosa invulnerabilidad, la utilizasen para intervenir en el exterior con las armas clásicas en la mano, en beneficio de intereses importantes pero no vitales, en conflictos que podían revelarse adversos sin que por ello la vida nacional se viese realmente comprometida, por quedar sus territorios nacionales respectivos fuera del peligro de la guerra. Cuando se encuentre provista nuclearmente y cuando se haya llevado ella también en cierto modo "por encima de las guerras", -

segura de la inviolabilidad de su propio territorio y segura de impunidad en casa, ¿empleará China la fuerza "clásica" en el exterior con el fin de allí "continuar la política con otros medios"? El gobierno de Pekín lo niega. ¿Es obligado tal comportamiento y está aparejado a la disuasión nuclear? O, si no es éste el caso, ¿las actuaciones de los Estados Unidos y la Unión Soviética no llevarán a China a actuar como ellos lo que, para el mundo, vendría a ser lo mismo? Entonces se ampliaría notablemente la zona de "estabilidad forzada" - los territorios de las Potencias nucleares - pero también aumentaría la aspereza de disputas y de las luchas de influencia, las cuales se llevan a cabo con detrimento del resto del mundo.

Hoy día, la pregunta queda sin respuesta. Está claro, en cambio, que lejos de tener todos los atributos de la potencia - tal como la venían definiendo los Europeos desde hace medio siglo - la China de Mao Tse Tung se ha elevado casi al mismo rango que los dos "Grandes" y que ya cabe preguntarse si, habiendo obtenido por caminos insospechados por el mundo occidental, resultados espectaculares, el gobierno de Pekín no irá a practicar el mismo juego sobre la escena internacional.

- 4). La apertura hacia Pekín ahora llevada a cabo por Washington demuestra que después de veinte años de hostilidad, la Casa Blanca se ve obligada a hacer lo que le proponía el general de Gaulle. No son los cohetes chinos los que llevan al Presidente de los Estados Unidos a esta especie de Canossa, son los asuntos del Vietnam. Sin embargo, para Nixon, ir a Pekín significa renunciar a toda política con respecto a Asia y simultáneamente confirmar el nuevo comportamiento de los Estados Unidos en el Sureste asiático. Significa también, implícitamente, adelantar el momento en que China - como la Unión Soviética en 1962 - será capaz de imponer a América la negociación, incluso una cierta forma de entendimiento en cuanto a lo esencial. Pero el acercamiento chino-americano lleva a otras comprobaciones:
 - Con respecto a sus aliados y protegidos asiáticos - Formosa y en cierta medida Japón - América actúa con la misma desenvoltura que con respecto a sus aliados europeos, cuyos intereses han sido sacrificados en aras del diálogo con la Unión Soviética. Tan pronto como Moscú pudo enarbolar un arsenal que acababa con la invulnerabilidad natural, debida a la geografía, de los Estados Unidos, el Presidente Kennedy reconoció en Krushchev un socio capaz de construir con él un mundo bipolar que fuese en la era nuclear, la réplica del que Roosevelt había admitido en Yalta, cuando no existían más que dos fuerzas armadas clásicas importantes, las de los Rusos y las de los Americanos. Es un comportamiento natural. Los gobiernos deben velar por los intereses de sus países y actuar en consecuencia. Se encontrarán fórmulas que conserven a Formosa, provincia temporalmente distinta de China, un puesto en la ONU hasta que, como la Unión Soviética, la China reunificada de mañana tenga dos votos. Porque se admite ahora en los Estados Unidos que no será Formosa la que libere el territorio nacional, sino China popular la que un día u otro recuperará Formosa. Con respecto al Sureste asiático

co también puede conciliarse los intereses hasta ahora opuestos de ambas partes, contentándose China con Estado poco más o menos independientes pero vasallos de Pekín y consiguiendo Estados Unidos la retirada militar tan deseada por su opinión pública.

- Otra modificación de la situación internacional: El Océano Pacífico está en vías de convertirse en la zona más importante del mundo. América, Rusia, China y Japón, o sea los cuatro "Grandes" en cuanto a industria, a economía o a demografía, son Potencias del Pacífico. A corto plazo, este océano va a llegar a ser el verdadero centro de interés del planeta, quedando Europa relegada a la periferie. Una doctrina, un hombre y veinte años de paz alcanzan, por encima de los siglos, los comienzos de la Historia.

*

*

*

CRISIS AMERICANA

La guerra del Vietnam se considera como el origen de la crisis moral y material que padece América. Después de haberse opuesto a todas las formas de colonialismo - excepto de ese colonialismo, limitado bien es cierto, que sirve inmediatamente sus intereses - como en Panamá - los Americanos comprenden difícilmente un neo-colonialismo que, bajo pretexto de disputar una tierra extraña al imperio comunista, los obliga durante -- años a combatir a diez mil kilómetros del territorio nacional. Reconocen ahora que el fracaso francés no se debía solamente a la insuficiencia de medios o a la incapacidad del mando, como decían hace veinte años, sino a una causa mucha más profunda y determinante. Buscando una diversión, la Administración demócrata se ha inclinado hacia la polución. A su vez, la polución se emplea ahora para frenar esta ansia de inventar y de producir que coloca a América muy por delante en la competición de las técnicas. Así, durante el momento de su historia que acaba de vivir y sin duda por un periodo limitado, este gran país ha dado traspies sobre su propia potencia y todos los atributos de la fuerza y de la grandeza han sido de repente objeto de mofa y opuestos a esa fuerza y a esa grandeza.

No es difícil hallar en la política seguida desde hace una docena de años por los sucesivos gobiernos americanos algunas de las causas de la situación actual.

Su fin trágico ha dado al joven Presidente Kennedy la estatura de un gran hombre de Estado. Ya antes de su muerte, su sentido agudo de las relaciones públicas, su preocupación por parecer responder siempre a las aspiraciones de la opinión, la habili-

con que empleaba los medios de información le valían muchos votos en América y en -- otras partes del mundo. No obstante hoy las acciones de su gobierno toman, con el tiempo, por breve que sea, un aspecto mucho menos favorable.

- Así sucede con el famoso "missile gap" del que John Kennedy había hecho uno de los temas de su campaña, acusando la Administración Eisenhower de negligencia al dejar a los Soviéticos una superioridad numérica en materia de misiles de largo alcance. Pronto hubo que reconocer que si había "missile gap" no era en detrimento de los Estados Unidos sino de la Unión Soviética, que la superioridad americana era aplastante y que, con respecto a la opinión pública, el joven candidato había usado una especie de abuso de confianza con fines -- electorales. Pero lo que es aun más grave es que, cogido en su propia trampa, el nuevo Presidente, una vez elegido, tuvo que mantener su promesa de aumentar el arsenal americano, provocando de este modo la más intensa y la más estúpida carrera de armamento que haya conocido la humanidad. La Unión Soviética, hasta entonces satisfecha con un pequeño stock de armas que le permitían con toda seguridad materializar una política defensiva mediante una estrategia anti-ciudades americanas, estimó sin duda que al aumentar todavía más el número de sus cohetes América trataba -- aunque dijese lo contrario -- de procurar se los instrumentos de una estrategia contra fuerzas, o sea, agresiva.

Hoy día, la política militar de Kennedy parece más que equívoca. A la par que hablaba de paz y de estrategia puramente defensiva, no dejaba de hacer estudiar los cohetes de ojivas múltiples y separadamente dirigidas (MIRV) -- que serían indispensables para la agresión, ya que podrían permitir la destrucción preventiva de los cohetes del adversario) para no tener que padecer los efectos de la represalia). El año pasado, el general John D. Ryan, Jefe de Estado Mayor del Ejército del Aire americano, describía así las primeras ojivas -- múltiples instaladas en los misiles "Minuteman": "Este ingenio de ojivas múltiples separadamente dirigidas será nuestra mejor arma para destruir los objetivos prioritarios tales como los misiles de gran alcance del adversario". Como lo hacía observar W.K. Panofsky (Bulletin of the Atomic Scientists de Junio de 1971) al citar la definición del general Ryan, "... Este arma podría ser considerada por los Soviéticos como una amenaza de agresión". Se concibe entonces que Moscú arrancara simultáneamente con sus fabricaciones de misiles anti-misiles y con la instalación de nuevos cohetes balísticos de largo alcance. Seis años más tarde, consciente del callejón sin salida en el que lo había metido su predecesor, el Presidente Johnson pedía que, mediante negociaciones, se limitara cuanto antes esta loca e inútil rivalidad. Es cierto que, mientras tanto, los Rusos habían igualado y luego sobrepasado el arsenal americano y que América -- ya no podía especular sobre la superioridad numérica para tranquilizar a sus -- aliados.

- Así sucede, asimismo, con la forma en que fue zanjado el asunto cubano. Al comprender mal todavía las leyes de la era nuclear, al jugar en el presente con las reglas del pasado, al combinar el comportamiento tradicional de los gobiernos con el formidable poder de destrucción de las armas nuevas, el Presidente Kennedy, sus consejeros y, detrás de ellos, una gran parte de la opinión pública mundial - los que la fabrican y los que son esta opinión - se han imaginado que Washington había alcanzado sobre Moscú una gran victoria. Ya se empieza, incluso en Occidente, a estar menos seguro de esto. El objetivo del Presidente Kennedy había sido echar a Fidel Castro de La Habana, y el de Krushchov mantenerlo. Aunque en aquel entonces la superioridad militar nuclear americana frente a Rusia era de 25 a 1 y Cuba se halla a 6.000 km. de las aguas territoriales soviéticas, el segundo consiguió, a expensas del primero, lo que trataba. En cuanto a la retirada de los misiles soviéticos, además que su presencia no modificaba para nada la ventaja estratégica americana frente a Rusia (ya que, de ser utilizados, estos misiles hubieran desencadenado la represalia de los Estados Unidos, aunque sólo fuese con los submarinos "Polaris" de la US Navy), obligaron a los americanos a retirar los que tenían en territorio de Europa, retirada que dejaba a los Soviéticos como únicos dueños de una estrategia de misiles con respecto a los países de Europa occidental. De este enfrentamiento datan el reconocimiento por parte de Washington de un segundo "grande", la negociación de acuerdos a veces perjudiciales de los aliados de los Americanos y el retorno a la bi-polaridad de Yalta.
- Así sucede también con el empeño americano en el Vietnam. El general Maxwell Taylor, consejero militar de Kennedy, antes de presidir el Comité de los Jefes de Estado Mayor americanos, propuso en su libro "The Uncertain Trumpet" una estrategia basada en la intervención armada al exterior. Este era el objetivo principal de las fuerzas clásicas cuyo aumento numérico reclamó así como su adaptación a los "conflictos limitados". El presidente adoptó esta estrategia, puso inmediatamente en marcha los programas de armamento correspondientes, mandó organizar unidades de contraguerrilla, los "boinas verdes", aumentó los efectivos clásicos de los ejércitos americanos. De este modo quedaban preparadas las fuerzas capaces de apoyar, fuera de América, la política del presidente. Y el 11 de mayo de 1961, John Kennedy decidía enviar 500 consejeros militares a Vietnam del Sur y desencadenaba la "guerra clandestina" en el norte de la península, incluido Laos. Con el acuerdo de los consejeros de la Casa Blanca, los Jefes de Estado Mayor acababan de dirigir al presidente de los Estados Unidos un memorandum que precisaba que "dado que la decisión política es la de mantener el Sureste asiático fuera de la esfera comunista, los Jefes de Estado Mayor piden que se despliegue sin demora fuerzas americanas en Vietnam del Sur" (1).

(1) Citado por "Newsweek" - 12 de julio de 1971.

A fines de 1961, Mc Namara y Dean Rusk redactaron conjuntamente una nota que, según parece, respondía a los deseos del presidente: "La pérdida de Vietnam del Sur... no sólo destruiría SEATO, sino comprometería la confianza que pueden inspirar los compromisos americanos en otras partes del mundo... Los Estados Unidos deben empeñarse... para impedir que Vietnam del Sur caiga en manos de los comunistas... Debemos estar preparados para desplegar allí fuerzas armadas americanas si esto se revela necesario para el éxito. Según las circunstancias, podríamos también vernos obligados a atacar la fuente de la agresión, Vietnam del Norte"(1). Y América se comprometió cada vez más en la guerra.

En 1963 se produjo el doble juego con Diem y el ataque al palacio presidencial por las fuerzas de los generales vietnamitas asistidos por el coronel americano Lucien Conein, de la CIA (1), mientras Mac George Bundy, consejero del presidente Kennedy, escribía al embajador americano en el Vietnam, Cabot-Lodge, "Ya que se lleva a cabo un golpe de estado, bajo el control de jefes competentes, el gobierno de los Estados Unidos tiene interés en que tenga éxito..." Cabot-Lodge declaraba al presidente Diem: "Vd. ha cumplido con su deber, sin duda alguna. Como se lo he dicho esta mañana, admiro vuestro valor y lo que habeis hecho por vuestro país".

Unas horas más tarde, con la "complicidad" de los Estados Unidos -como escribe "Newsweek" del 12 de julio de 1971- Diem era asesinado.

La desaparición del hombre fuerte del Vietnam del Sur significaba el retorno a la inestabilidad política, el advenimiento de los generales y de sus golpes de estado sucesivos, o sea, de hecho, el aumento de las responsabilidades americanas en la península. A su vez, Kennedy desaparecía, dejando a los Estados Unidos muy comprometidos en Asia.

La aviación americana, reeditando contra un país en vías de desarrollo y ya debilitado por los años de guerra las campañas aéreas contra el Tercer Reich o contra el Japón, empezaba a bombardear Vietnam del Norte mientras que el general Westmoreland pedía el aumento del cuerpo expedicionario, fijando sus efectivos en 175.000 hombres, y posteriormente en 275.000, en 443.000 cinco meses más tarde, para terminar reclamando 542.000 en enero de 1966 y 747.000 en marzo de 1968...

El país que todavía no ha perdido una guerra, que posee las armas más numerosas y las más perfeccionadas, que dispone de los ardenadores más potentes

(1) Citado por "Newsweek" - 12 de Julio de 1971.

y cuyo pensamiento estratégico, difundido por centenares de organismos de pensamiento, presume de estar adelantado sobre el resto del mundo, la todopoderosa América que da a los demás Estados lecciones de comportamiento político y de dirección de las grandes empresas, que subraya con complacencia su dominio en el "manejo de las crisis" y cuya inalterable seguridad en sí misma se basa en el convencimiento de que solamente ella está sanamente inspirada, de que sólo ella está suficientemente documentada, con suficiente capacidad de trabajo, con suficientes medios, para detentar la verdad y para razonar con exactitud, esta América tiene que comprobar con amargura la debilidad de sus armas y el error de sus cálculos, que admitir la inutilidad de sus bombarderos y la impotencia del formidable ejército que ha desplegado en el Vietnam.

Se concibe que esta parte de la herencia kennediana haya traumatizado una nación que hasta entonces triunfaba en todas partes - o por lo menos así lo creía.

En el exterior, la política del presidente Kennedy no ha sido más afortunada. Ni "la unión para el progreso" en Hispanoamérica, ni "la apertura hacia la izquierda" en Italia son consideradas hoy día como sendos éxitos. Con respecto a los países de Europa Occidental y a la NATO, tuvo por lo menos tres veces mala mano, al proponer la absurda fuerza naval multilateral pronto rechazada por todos, al reclamar el aumento de las fuerzas clásicas - que nunca fueron organizadas y que, en cambio, todos están de acuerdo hoy día en que pueden ser reducidas - y finalmente al inclinarse por una doctrina muy singular de defensa colectiva, ya que fundaba esta en el "tiempo de reflexión y la elección de los medios", lo que podía significar que los países de Europa Occidental ya no serían automáticamente defendidos y que, para hacerlo, América se reservaba el derecho de recurrir al armamento que resultara menos peligroso para ella.

- Más aún que a John Kennedy, una importante fracción de la opinión americana pasa cargo a su ministro de Defensa, McNamara, por haber desorganizado el aparato militar de los Estados Unidos. Es un hecho que la doctrina estratégica elaborada por McNamara - y que durante mucho tiempo ha sido favorablemente comentada en casi todo Occidente - carece de sentido. El fundar simultáneamente la seguridad de su país sobre la noción de "destrucción segura" (del enemigo) y sobre la llamada de "la limitación de los daños padecidos" (en caso de agresión) sólo es concebible si el adversario, por su cuenta, no razona así. Si sigue este razonamiento, es difícil imaginarse como el agresor - o sea los Estados Unidos, en esta hipótesis -, habiendo conseguido "limitar los daños debidos a la agresión" - en este caso, americana - podría tener como objetivo la "destrucción segura" del enemigo. Resulta que los soviéticos no han suscrito la propuesta americana referente a su "destrucción segura" y que han estudiado y

construido armas anti-misiles. Hoy día, los expertos americanos estiman, con razón, que estas técnicas amenazan el equilibrio, la estabilidad estratégica, y que es preciso limitar su desarrollo. Es éste uno de los objetivos de Helsinki y de Viena. De los numerosos sofismas de Mc Namara no queda actualmente nada. Se está desengañado de la "fuerza multilateral", del aumento de las fuerzas no nucleares en Europa, de la "pausa", de la "respuesta graduada", de la designación conjunta de los objetivos nucleares y de las demás propuestas tendentes a limitar los riesgos de los Estados Unidos comprometidos en Europa y, a la par, a dar gato por liebre a los europeos.

Pero, a los ojos de los americanos, lo que es más grave que la actitud de su ministro respecto a la NATO es el desorden en que la Administración Kennedy ha hundido un sistema de estudios y de fabricación que era el más potente, por no decir el más eficaz. Se sabe hoy día que la mayor parte de los programas - lanzados por el equipo Mc Namara han resultado ser costosos fracasos, que los que frenó se echan ahora de menos, que las firmas más calificadas, maltratadas por una reglamentación impracticable y dedicadas a tareas inútiles o mal definidas, se han visto obligadas a despedir una importante parte de su personal y a desmantelar sus oficinas de estudios. Una parte de la aversión que siente América por las técnicas de "punta" y sus servidumbres no se debe solamente a las campañas contra la polución, sino también a los fracasos espectaculares registrados al intentar, sin conseguirlo, construir materiales que ayer se hubiese conseguido fácilmente.

América comprueba hoy día que los soviéticos dedican más créditos que ella a sus armas estratégicas, que disponen de cohetes más potentes y más numerosos, que aumentan su flota mucho más deprisa que los Estados Unidos, que cuentan con el beneficio del adelanto espacial en materia militar, que afirman su dominio técnico cuando éste se pone en tela de juicio en América, en resumen, se inquieta al pensar que podría convertirse en una Potencia de segundo orden.

Cuando Edward Teller, que concibió la primera carga termonuclear americana, declara que "los rusos no sólo están adelantados sobre los Estados Unidos - en lo referente al espacio sino, prácticamente, a todas las actividades vitales para su país" (1), pone a sus conciudadanos frente a una de las más amargas realidades. Han bastado diez años para que ese gran pueblo pase de la seguridad de la omnipotencia a las humillantes perspectivas de la segunda fila. En primer lugar, segundo puesto en la jerarquía de las Potencias militares. El presidente Nixon declaraba recientemente: "Dentro de unos años, si se confirma la tendencia actual, los Estados Unidos se hallarán manifiestamente en segunda posición

(1) "Astronautics and Aeronautics" - Junio de 1971, página 12.

y la Unión Soviética será, sin disputa, la más fuerte de las Potencias militares del mundo" (1). Y es cierto que la URSS va a desplegar más misiles balísticos de largo alcance que América, que las fuerzas submarinas rusas serán mucho más numerosas que las de los Estados Unidos, que la flota roja es reciente mientras que la mitad de la US Navy tiene más de veinte años de edad, que la aviación soviética cuenta con el doble de aparatos que la US Force y que, finalmente, los rusos tienen muchos más efectivos en filas. Esta forma de superioridad militar tiene escaso significado inmediato. Cuando América dominaba a Rusia por la potencia de sus armas perdió el control que ejercía directa o indirectamente sobre una gran parte del mundo. Pero la opinión pública razona las más de las veces por analogía con el pasado y siempre atribuye a la fuerza armada virtudes que sigue teniendo siempre y cuando esté al servicio de una fuerte voluntad política.

Segundo puesto asimismo en materia de estudios y de investigaciones financiados por el Estado, o sea, de técnicas "orientadas". En este sector, parece ser que los rusos gastan anualmente tres mil millones de dólares más que los americanos, y John S. Foster, director de los Estudios e Investigaciones del Departamento de Defensa, declara: "La Unión Soviética ha fundamentado sus estudios y sus investigaciones en bases más sólidas y más amplias que las nuestras - tanto en cuanto a efectivos que en cuanto a créditos -; la calidad de sus trabajos es aparentemente igual a la nuestra" (2).

Los males que actualmente sufren los Estados Unidos no se deben solamente a la política practicada por el equipo Kennedy. Esta política, desde luego, no correspondía ni al alma americana ni a las circunstancias. La Historia demostrará que Krushchev era un jugador demasiado fuerte para el joven presidente Kennedy. Pero hay causas más generales y también más profundas de las dificultades morales, económicas y estratégicas de los Estados Unidos.

Las condiciones en que este gran país se ha constituido, la formación que desde largo tiempo ha dado a su pueblo, lo han preparado, mucho mejor que -- otros, para sacar provecho de sus inmensos recursos naturales y para dominar las técnicas que concebía y que generalizaba más deprisa y con mayor eficacia que en otros lugares. Si la forma de pensamiento de los Estados de Europa Occidental, en los albores de la era industrial, convenía en la primera edad de la técnica, la América del pragmatismo y, a la vez, de la especialización y del es-

(1) Citado por Willard F. Rockwell Jr. - "World Leadership: the price for second place". - Mayo de 1971.

(2) Citado por W. F. Rockwell - op. cit.

fuerzo colectivo, ha reunido más aún todas las cualidades requeridas para triunfar durante la segunda edad de nuestra forma actual de civilización. Eso se sabía en la otra orilla del Atlántico, donde no sólo se criticaba las guerras y las divisiones del Viejo Continente, sino también una forma de pensar anacrónica. Desde hace poco tiempo, a la vista de la amplitud de sus propias dificultades, algunos americanos empiezan a emitir acerca de Europa un juicio diferente. Es porque comprueban las insuficiencias de la sociedad a la que han llegado, no sólo desde el punto de vista moral y social, sino en el terreno técnico, industrial y comercial, o sea, allí donde sus éxitos parecían indiscutibles. Sucede como si, al entrar en cierto modo en una tercera edad técnica - la de la super-complejidad - los hombres políticos, los "managers", los notables, aparentemente mejor preparados - se viesen desbordados, al revelarse de repente ineficaces las fórmulas hasta entonces evidentes para ellos.

Fraccionar la dificultad para mejor dominarla es una vieja receta, ampliamente aplicada al otro lado del Atlántico. Combinando la especialización y el esfuerzo colectivo, los Americanos han dispuesto durante largo tiempo del mejor instrumento de trabajo. Pero, con el desarrollo de los conocimientos, el especialista se ve obligado a adentrarse cada vez más en una disciplina cada vez más estrecha. "Hacia arriba", la explotación de su trabajo se hace difícil y, entre especialistas dedicados a tareas diferentes, la comunicación se revela -- aleatoria. El esfuerzo colectivo resulta por ello paralizado. Los "generalistas" capaces de armonizar las mil disciplinas que es preciso dominar se echan tanto más de menos cuanto que pareció contrario al espíritu del tiempo formarlos. De hecho, hasta ahora, América los ha temido. El recurso al ordenador - magistral operación publicitaria - sólo es un paliativo. Los sucesores de Mc Namara pueden hoy día medir sus insuficiencias.

Esta organización, tendida hacia la eficacia, ha modelado la sociedad americana. Le debe su resistencia a la desintegración, por estar entrenada para el esfuerzo colectivo. Pero sus millones de especialistas concienzudos se han convertido en otros tantos solitarios sociales que sólo se comunican a nivel de los intercambios elementales. Estos sacrificios, muy involuntariamente consentidos en aras de la plena posesión de las técnicas más avanzadas y, más generalmente, de la más amplia distribución de bienes materiales, no han alcanzado sus metas. La primacía técnica americana está en tela de juicio, las grandes "corporations" en dificultad y el "management", en crisis, se ve acusado de incapacidad. El mundo, sorprendido, descubre que una gran parte de América no es rica y no está satisfecha.

América toma consciencia de su transformación. Tal vez, incluso, exagere la gravedad de la crisis que atraviesa. Tal comprobación surge en el momento en que China empieza a desempeñar un papel más acorde con su demografía que

que con su potencia económica y cuando la amplitud de los éxitos diplomáticos y militares de los soviéticos es evidente para todo el mundo. La cuestión es saber qué precio va a pagar Europa occidental por el eclipse de su gran "protector".

*
* *

EUROPA, PRESA

La crisis de Cuba y las subsiguientes negociaciones americanas marcan, si no el ocaso de la potencia de los Estados Unidos, por lo menos la aceptación por su parte de un reparto con la URSS de las grandes responsabilidades mundiales. Durante el enfrentamiento verbal de 1962, el presidente Kennedy había puesto de manifiesto su falta de madurez y, especialmente, su desconocimiento de la dialéctica asociada con el átomo (1). Krushchev supo aprovecharse de ello y conseguir simultáneamente el compromiso de los Estados Unidos de respetar en el porvenir el régimen de La Habana, una cierta retirada nuclear de los Americanos en Europa occidental (2) y, sobre todo, la apertura de negociaciones entre los dos países que consagraba el advenimiento de un segundo "Grande". América había pasado tanto miedo que eligió el llegar - a menudo con detrimento de sus amigos y aliados - a una especie de complicidad con la Unión Soviética en cuanto a la gestión de los asuntos del mundo. Este entendimiento con Moscú se basó en dos temas principales igualmente conformes a los intereses de ambos países:

- el respeto mutuo de los territorios respectivos de ambos pueblos, al quedar excluido el recurso a la fuerza de uno contra otro, hecho imposible en la práctica, por ambas partes, a causa de una misma política de disuasión nuclear;
- el mantenimiento, a medias, de tal monopolio de la seguridad, al combatir ambos gobiernos cualquier extensión a los demás pueblos de los privilegios inherentes a la posesión del átomo.

(1) El asunto ha sido presentado de otra forma a los países occidentales. Sin embargo -- hoy los mismos americanos empiezan a comprender lo que han perdido en Cuba y juzgan con mayor severidad el comportamiento del presidente Kennedy y de su equipo.

(2) Se trata de la retirada de los misiles tierra-tierra americanos que nunca fueron sustituidos mientras que la URSS conserva unos 850 misiles de alcance medio apuntados contra los principales objetivos militares y civiles de Europa occidental.

Tanto en Washington como en Moscú se consideraba que éste era el único medio de garantizar simultáneamente la seguridad de los dos "grandes" y de mantener la unidad de los bloques respectivos sobre los que ejercían su hegemonía.

Al principio del nuevo decenio, el sentido del diálogo esbozado diez años antes queda vacío de su contenido a causa del debilitamiento del contrincante americano. Como si estuviera cansada de ser una muy grande potencia - y sobre todo de soportar las cargas consiguientes - América trata ahora de reducir sus compromisos exteriores. De todas las "sueñas de lastre" en las que piensa, la retirada de las fuerzas americanas estacionadas en Europa occidental tendría las consecuencias más importantes.

Desde luego, y en contra de lo que creen las opiniones públicas - y también bastantes gobiernos - la importancia numérica de los efectivos americanos desplegados en Europa occidental a penas si tiene significado militar en la era del átomo. Por ser lo que es la panoplia soviética y por tener el armamento nuclear las características que tiene, por encima de cierto nivel poco importa que los Estados Unidos dejen en Europa tal o cual número de grandes unidades terrestres. En la carrera hacia la potencia de fuego y hacia el poder de destrucción, lo atómico vence siempre - y muy fácilmente - lo clásico. Frente a las armas nuevas - ¿y por qué no iba a emplearlas la Unión Soviética si le pueden asegurar la victoria? - de nada sirve acumular defensas no nucleares. Su multiplicación sólo conduciría a brindar objetivos fáciles a los "golpes de maza" del explosivo nuevo.

No obstante, por debajo de cierto nivel, podría llegar un momento en que, para los soviéticos, los riesgos que habría que correr pudieran parecer menores, desprovistos de consecuencias demasiado graves, incluso exorbitantes, en comparación con los beneficios de una hegemonía en exclusiva extendida hasta las riberas del Atlántico. Nadie puede definir tal nivel. Se trata más bien de una "zona" dentro de la cual los efectivos americanos pueden variar según las circunstancias. Si los americanos levantasen la cabeza, unas muy escasas unidades podrían desempeñar un papel disuasivo eficaz. Por el contrario, si la superioridad soviética sigue afirmándose, si su progresión hacia el suroeste (Mediterráneo) continúa, si ilustra la URSS su determinación de extender su influencia, si a esta dinámica corresponde, en cambio, una mayor confusión de los americanos y si, finalmente, se desvalúa el factor estratégico europeo, ya muy disminuído por el control que ahora ejercen los rusos sobre la mayor parte de las fuentes de energía, entonces la determinación americana podría ser puesta en tela de juicio, incluso debilitarse hasta el punto de hacer pasar de lo irracional a lo racional el empuje armado de los rusos hacia el Oeste europeo.

En este contexto deben los europeos seguir las conversaciones ruso-americanas referentes a la limitación de los armamentos estratégicos y también las posiciones que pudieran tomar los dos "Grandes" en la conferencia sobre la "seguridad y la cooperación europea". En ambos casos, americanos y rusos sólo pueden entenderse tanto en cuanto a

todas las disposiciones que contribuyen al respeto mútuo de sus territorios respectivos como en cuanto a todas las medidas que, inmediatamente o a plazo más o menos largo, pueden detener la proliferación de las armas nuevas y, si posible, restablecer su monopolio anterior.

Queda por averiguar si el interés de los países del centro y del oeste europeo - se puede, o no, conciliar con los dos imperativos de la estrategia de los dos "Grandes".

Las conversaciones acerca de la limitación de los armamentos estratégicos.

Hoy es demasiado tarde para limitar eficazmente estos armamentos. Durante un corto periodo - y antes de que el presidente Kennedy se instalara en la Casa Blanca - hubiera sido contentarse con una estrategia de "disuasión limitada" por ambas partes, o sea con la posesión por parte de americanos y rusos de algunas decenas de vectores que habrían bastado, a unos y otros, para destruirse mútuamente y hacer de este modo impracticable el uso directo de la fuerza de uno contra otro. Se sabe que el presidente Kennedy ha provocado una carrera hacia la supremacía numérica, y está claro hoy día que los Estados Unidos la están perdiendo. Pero, sobre todo, los técnicos no han permanecido inactivos. Los proyectos de misiles anti-misiles han venido a poner en tela de juicio la eficacia de la "disuasión limitada" y a imponer de entreda el aumento del número de los vectores ofensivos. Para mejor forzar defensas que no existían - pero de las que se hablaba mucho - los ingenieros han puesto a punto, sucesivamente, los cohetes de cabezas múltiples que permiten el "tiro en racimo" sobre un mismo objetivo y luego los cohetes de cabezas múltiples de las que cada ojiva nuclear es separadamente dirigida contra un objetivo diferente.

Así se multiplicaba por 3, por 5, por 10, incluso por 20 el número de ojivas atómicas lanzadas por un mismo vector. Como ya no es necesario aumentar su número para multiplicar la potencia de destrucción, ya no se puede ejercer realmente ningún control sobre el arsenal del adversario. Bajo la placa de hormigón armado que cubre un cohete en su silo, ¿quién puede decir, qué satélite puede precisar con sus fotos, cualesquiera que sean, si el cohete tiene 3, 5 ó 10 ojivas nucleares? ¿Y quién puede imaginar que los soviéticos aceptarían la inspección "in situ", única capaz de asegurar tal control? El estudio de las ojivas de cabezas múltiples, iniciado ahora hace más de doce años, ha sido acelerado, y los cálculos han sido confirmados por los tiros, entre las conversaciones de noviembre de 1969 y la primavera de 1970. Cuando las dos delegaciones se reunieron nuevamente en Viena, lo irremediable en este asunto había sin duda ocurrido: las armas con ojivas múltiples habían sido puestas a punto y experimentadas por ambas partes.

Por ello Moscú y Washington ya no pueden ponerse de acuerdo acerca de la limitación real de sus arsenales estratégicos respectivos. Pueden declarar no querer ya au

mentar el número de sus misiles fijos, en silos, ya desproporcionado a los objetivos que podrían tener que destruir, porque por ambas partes se finge admitir que estos silos pueden ser controlados efectivamente - por satélites - sin necesidad de inspección en el propio lugar. Pero ¿cómo someter a la única forma de control admitida a armas tan compactas, tan móviles como lo son las cargas explosivas a bordo de bombarderos o de submarinos?

Si, finalmente, se pusieran de acuerdo acerca de una cierta limitación numérica de los grandes vectores estratégicos, sería porque, más allá de cierta cantidad, su aumento pierde todo significado y porque, controlada o no, su multiplicación tiene límites, aunque sólo sean financieros.

En cambio, ningún acuerdo parece posible en cuanto a la "calidad" de las ojivas que transportan. En esta materia, no se puede controlar el progreso y ninguno de los dos "Grandes" correrá el riesgo de limitar sus estudios, sus investigaciones y sus experiencias.

Sin duda, ambas delegaciones conseguirán frenar la implantación de las redes anti-misiles respectivas. Se trata menos de hacer una economía de instalaciones complejas y costosas que de librarse de una técnica incierta ya que, en la era del átomo, el arma que se revela siempre capaz de burlar la defensa. Es incluso difícil evocar la amenaza china y admitir que la política de represalias, eficaz cuando se trata de América y de Rusia y fundamento de la disuasión mutua entre ambos países, quedaría sin efecto respecto a China.

Pero lo que ya se ha conseguido durante estas conversaciones tiende a guardar a ambos interlocutores de la aventura nuclear exterior, de la que surgiría del comportamiento de uno o de varios gobiernos que podrían, a consecuencia o por equivocación, - iniciar un proceso peligroso. Los soviéticos habían pedido primero que se incluyese en el inventario de las armas estratégicas los vectores americanos, de corto y medio alcance, desplegados en territorio europeo pero, sin embargo, capaces de alcanzar el territorio de la URSS. Los rusos especulaban sobre el hecho de que las armas llamadas tácticas de las fuerzas americanas en Europa son "estratégicas" porque una parte del suelo ruso está a su alcance, mientras que las armas correspondientes del Ejército Rojo no pueden alcanzar el Nuevo Mundo. De este modo Europa occidental y las armas para su defensa entraban en escena. Este asunto será evocado en la futura conferencia de seguridad y cooperación europea.

Reducción mutua y proporcionada de las fuerzas armadas

Pero, antes de que se reúna esta famosa conferencia, la reducción mutua y proporcionada de las fuerzas armadas en presencia en Europa ha sido objeto de las primeras

negociaciones. Desde la Conferencia de la NATO de Reykjavik (1968), luego en Bruselas y en Roma, los aliados piden a los soviéticos que se discuta este asunto. En junio de 1971, el comunicado publicado al final de la sesión del Consejo del Atlántico Norte en Lisboa reiteraba esta voluntad occidental de negociación acerca del nivel de las fuerzas que han de ser mantenidas en pie de guerra en Europa. Mientras la NATO organiza una reunión en Bruselas (5 de octubre de 1971) para estudiar la postura de los gobiernos miembros de la Organización en este asunto, Manlio Brosio, ex-secretario general de la NATO, prepara sus expedientes para ir a sondear a Moscú acerca de sus intenciones con respecto a tal iniciativa. El discurso de Brejnev en Tiflis (mayo de 1971), la insistencia de los soviéticos para que se celebre una conferencia de Seguridad Europea dejarían entender a los occidentales que, dentro de ciertos límites, el momento es favorable para un alivio de las cargas respectivas militares de ambos bloques. En Washington y en Bonn se habla de una reducción simétrica - y, naturalmente, puramente simbólica - del 5 al 10% de los efectivos. La Casa Blanca ve en ello el inicio de esta reducción de los efectivos americanos estacionados en Europa que reclama una gran parte de la opinión pública de los Estados Unidos. En Bonn, Willy Brandt vería con gusto la reducción del aparato militar heredado de las coaliciones gubernamentales precedentes. Francia había deseado que tal revisión estratégica se llevase a cabo en el marco europeo en primer lugar y que, en todo caso, se tomaran en cuenta los factores estratégicos, distancia, tipo de fuerzas, potencias de fuego y que no se limitara la cosa a simples reducciones numéricas de los efectivos.

Desde el punto de vista estratégico, ¿cuál sería el verdadero significado de una reducción mutua y proporcionada de las fuerzas armadas desplegadas en Europa? Ninguno, si se trata, como se deja entender, de limitarse al 5 ó al 10% de los efectivos actuales. Ninguno, tampoco, si se aumentara mucho estos tantos por ciento. Es difícil creer que si los soviéticos quisieran emplear la fuerza contra Europa occidental, el nivel de fuerzas clásicas que les fuesen opuestas tendría la menor importancia. O se conforman con el statu quo, o si deciden movilizar su potencial militar no será para ser detenidos por una resistencia - por otra parte, problemática - mientras que con sólo unas pocas de sus armas de destrucción en masa pueden destruir parcialmente y paralizar completamente los contingentes que se les opongan. El que tales contingentes sean numerosos o escasos no cambia para nada esta situación. De hecho, los países no nucleares de Europa occidental están militarmente a merced de Moscú y el nivel de sus armamentos clásicos no puede modificar en nada este estado de hecho.

Tampoco cambiaría nada para los Estado satélites. El que las fuerzas de ocupación sean reducidas en un 5, 10 ó incluso un 25% apenas si modifica su estado de dependencia de la Unión Soviética. La proximidad de las fuentes de la enorme potencia militar de los rusos se lo recuerda a título permanente.

Desde el punto de vista psicológico, en cambio, el éxito de tal negociación tendría efectos más notables. Occidente tendría propensión a descuidar un poco más

su guardia y, especialmente, la conferencia sobre seguridad Europea se abriría con los mejores auspicios.

Los pueblos tienen corta memoria. No hace tanto tiempo que, deseosos de reducir sus compromisos anteriores en cuanto al recurso al átomo, los americanos habían demostrado que la seguridad de los países de Europa occidental dependía del aumento de las fuerzas clásicas que desplegaban cara al Este. He aquí que ahora los mismos americanos explican lo contrario con el fin de justificar las reducciones que proponen. No obstante, desde el punto de vista estratégico, la situación no resulta mejor para Occidente; el potencial militar soviético ha aumentado considerablemente, la flota rusa está en el Mediterráneo y Checoslovaquia está ocupada por muy numerosos contingentes soviéticos. Pero la política interior americana manda y la reducción de los efectivos, ayer condenable, está hoy recomendada.

La conferencia de seguridad y cooperación europeas

El título que ya se le ha dado a esta futura conversación internacional es engañoso. No puede haber seguridad europea mientras no se cumplan una u otra de las siguientes condiciones:

- desarme general
- reducción, en una proporción considerable, del formidable potencial militar de la URSS, elemento de desequilibrio político y militar en Europa.

Dejemos de lado la primera de estas dos condiciones. Pertenece al dominio del sueño.

La segunda, desgraciadamente, tampoco es realizable. Admitiendo que la cuestión de la seguridad de los países de Europa se plantee realmente durante la conferencia, Moscú se apresuraría a contestar que no es concebible que la Unión Soviética no equilibre - por lo menos - la potencia militar de los Estados Unidos. Y los rusos no dejarían de añadir que si no existiera la amenaza que para ellos supone el arsenal americano, tendrían todavía que hacer frente a China y a sus 800 millones de habitantes. Quién sabe, por otra parte, podrían decir, si los Estados de Europa occidental no pedirían, en su día, que la Unión Soviética les proporcionara el muro contra el potente imperio que se edifica en Extremo Oriente.

Una vez afirmada esta aptitud - difícilmente criticable - la conferencia de seguridad europea deberá buscar otra cosa: algo distinto de la seguridad de los países europeos y de la consolidación de la paz entre ellos. Mientras los medios de la fuerza desplegados en el istmo europeo estén repartidos en forma desigual, la palabra seguridad caerá de significado.

Pero los pueblos esperan mucho de estas conversaciones. La Unión Soviética, que las reclama y que persigue el reconocimiento de Yalta por parte de los mismos que fueron las víctimas de los acuerdos, se verá obligada a hacer concesiones. Procurará hacer las más aparentes que reales. Como viene sucediendo desde hace años, habrá fraude, al especular sobre lo verosímil, aunque éste sea falso. Anunciar, por ejemplo, que se ha llegado a un acuerdo acerca de la reducción de los efectivos estacionados a un lado y a otro del Telón de Acero, sería confirmar el éxito de la conferencia. Cada uno vería en ello el alivio de las cargas militares, el refuerzo del statu quo territorial y la manifestación de un espíritu de distensión. En realidad, nada de eso se habrá conseguido y Europa no estará ni más ni menos segura que antes.

Probablemente menos segura, ya que el segundo objetivo al que apunta la Unión Soviética es, naturalmente, la retirada americana. En el exterior, y dado que hay una fracción especialmente alborotadora de la opinión pública americana que persigue la misma meta, pudiera ser que se evocara el asunto de la retirada - por lo menos parcial - de las fuerzas extranjeras. Ya se ha dicho que los soviéticos poco tendrían que temer de una cierta reducción de sus fuerzas de ocupación. Los americanos, por su parte, desean repatriar una parte de sus unidades. Un acuerdo sería, pues, posible. Naturalmente, todas las declaraciones anteriores acerca de la eficacia de la "respuesta flexible" y demás memeces de la misma especie que los gobiernos y los Estados Mayores aliados tuvieron - que aceptar como fundamento de su seguridad, irán a sumarse a la larga lista de los artificios (1) que ha utilizado Washington para justificar su papel dominante en Europa sin tener que correr los riesgos correspondientes.

Existiría un medio de vigorizar la posición de Occidente a la par que se reduciría - incluso unilateralmente - los efectivos armados desplegados sobre el Telón de Acero. Bastaría volver a los conceptos estratégicos estudiados y luego propuestos a la NATO - por los mismos americanos en 1955 - 1956. Manteniendo sobre el suelo de la vieja Europa algunas decenas de miles de hombres solamente y, en unión de los Aliados, desplegando un total no inferior a 200.000 combatientes, sería fácil crear un dispositivo bastante disuasorio para parar en seco cualquier veleidad de intervención armada. Pero hacía falta que esas pocas unidades contasen con armas nucleares y tuviesen la misión de emplearlas tan pronto como se manifestara la agresión. Entonces se dispondría de un sistema nuevo, muy ligero, muy poco costoso, fácil de mantener durante un periodo de tiempo indeterminado, y tanto más "creíble" para el adversario cuanto que los países de Europa occidental no contarían con otro y que su supervivencia dependería de él. Esta era la opinión de los mismos americanos, por lo menos hasta 1960, o sea hasta que, dejando de estar protegidos por su alejamiento geográfico, se vieron proyectados en primera línea por el advenimiento de los misiles de largo alcance. Desde luego, tal estrategia sólo -

(1) La "fuerza multilateral", la "pausa", la planificación nuclear común, el aumento de fuerzas clásicas, etc.

puede ser nacional. La "coalición", por su parte, con el aditamento de contingente clásico, ha de contentarse con la apariencia de una defensa y con la ilusión de la seguridad.

Americanos y soviéticos se pondrían sin duda de acuerdo acerca de una desnuclearización regional, fórmula Rapacki adaptada a la actualidad. Se puede imaginar, - por ejemplo, que se prohíba el despliegue y el almacenamiento de armas nucleares, de cualquier tipo, a ambos lados del Telón de Acero y sobre una profundidad de 150, 200, incluso 300 kilómetros. Desde el punto de vista estratégico, la Unión Soviética no perdería nada con ello. Con las armas actuales, tales distancias ya no tienen el mismo significado que en los tiempos de los combates de superficie. Los Estados Unidos saldrían beneficiados al llegar por fin a la fórmula preconizada por el equipo Kennedy: la defensa de Europa sólo se basaría ya en los armamentos clásicos y el átomo se convertiría - como debe ser - en el instrumento de la seguridad de los territorios respectivos de los dos "Grandes", y sólo esto. De este modo la retirada americana sería muy substancial y que las armas nucleares, que para el caso son fuente de riesgo exorbitante para los Estados Unidos, habrían sido retiradas de Europa.

Queda por averiguar lo que luego le pasaría a esta Europa.

Por ser demasiado maniqueas, estas perspectivas han de ser matizadas. En todo caso, las negociaciones serían largas. Cada uno conoce perfectamente los objetivos del otro, las concesiones irán probablemente a la par y serán limitadas. Rusia tiene manifiestamente ganas de ir deprisa porque sabe que pese al asunto checo - ya olvidado - y a su presencia en el Mediterráneo - a la que nos vamos acostumbrando - el momento es favorable: América admite el repliegue sobre si misma y los países de Europa están menos unidos que nunca. Además, tiene sus propias dificultades internas y necesita que el exterior legitime la formidable posición que ocupa actualmente en el mundo y que nunca había conseguido en toda su historia.

Pero - y este es el signo de los tiempos -, usando el razonamiento por analogía con el pasado, especulando sobre la ignorancia de las opiniones públicas así como de los hombres políticos y de los gobiernos en cuanto se refiere a las condiciones reales de la seguridad en la era del átomo, los soviéticos van a proponer medidas de desarme aparente que, de hecho, no modifican ni en un ápice el poder casi discrecional que les confiere una potencia poco menos que sin trabas.

*

*

*

GRAN BRETAÑA Y EL CONTINENTE

"La ambición de Gran Bretaña ... es arrimarse a Europa para arrimar a Europa al mundo anglosajón, bien entendido que a partir del momento en que esta operación culmine, Gran Bretaña podrá volver a encontrar en el interior de este universo anglosajón. ... la autoridad, la influencia, incluso la potencia que el fin del imperio le ha hecho perder", escribe M. Michel Debré en la Revista de la Defensa Nacional (Octubre de 1971).

Incluso antes de entrar en la comunidad, los británicos habían emprendido este trabajo de aproximación de que habla el Ministro de Defensa Nacional. Se trata en primer lugar de demostrar la inutilidad de los esfuerzos nacionales de tal o cual asociado del continente y luego, ofreciendo una contribución inglesa de calidad excepcional, de apoderarse de la obra común, evocando la eficacia de la "cooperación". Conscientes de sus debilidades presentes, los británicos han descubierto en la "cooperación" y en el trabajo de los demás el medio de salvar un mal paso.

En materia de Defensa, la directiva de Londres se cumple fielmente en todas partes. Al otro lado del Canal, no hay hombre político, diplomático o periodista que no hable, a menudo como si se tratara de una evidencia, de la "cooperación" nuclear franco-británica en materia de defensa. Ya se conoce el método anglosajón: cuando se quiere alcanzar un determinado objetivo, se habla de él como si fuera cosa hecha. Así sucede con los asuntos atómicos de Francia. Si fuéramos a creer la prensa inglesa, París estaría incluso agradecido de ver sus esfuerzos favorecidos y valorizados gracias al adelanto técnico de los británicos.

Como siempre, en tales casos, la propaganda emplea lo verosímil, incluso si éste es falso. Parece evidente que la suma de las dos fuerzas nucleares, la francesa y la británica, daría por resultado una fuerza más importante que la de cada uno de los dos países. Antes de la era del átomo así sucedía, y sigue sucediendo hoy con las armas clásicas. Con el átomo, si no es exactamente evidente lo contrario, por lo menos "la evidencia" ha de ser puesta en tela de juicio. Pero las opiniones públicas son así: los datos del pasado les son más cómodos que las leyes nuevas de este tiempo. Las propagandas saben utilizar esta debilidad.

En una obra importante publicada por el Instituto de Estudios Estratégicos de Londres, organismo financiado por las grandes "Fondations" americanas, M. Ian Smart analiza las posiciones respectivas de Gran Bretaña y de Francia en materia nuclear y, después de haber demostrado la superioridad y el adelanto de los británicos, llega a la siguiente conclusión: "Los franceses se encuentran ante un dilema: para mantener fuerzas nucleares que sean todavía eficaces después de 1980, han de cooperar con Gran Bretaña

y verosíblemente hacerlo con el apoyo financiero de Alemania Occidental... El precio que habría que pagar sería aceptar que Alemania tenga voz y voto en cuanto al empleo de tal fuerza... Sería la única forma de conservar para los armamentos nucleares franceses - frente a la Unión Soviética - la utilidad estratégica en el marco de la Europa occidental. Si Francia se negara a pagar este precio... la modernización... de sus armas atómicas, siempre podría conservarlas con fines psicológicos y para uso interno, pero no podría mantener una fuerza de represalia con probabilidades de credibilidad".

Naturalmente, en opinión de M. Ian Smart, Gran Bretaña sería perfectamente capaz, el día de mañana, de garantizar la perennidad de sus medios de represalias. Pero, para Francia, no hay más que un recurso: la tecnología inglesa y el dinero alemán. Es, por otra parte, una fórmula ayer adoptada por Gran Bretaña al solicitar la aportación tecnológica americana (cohetes "Polaris", por ejemplo) y hoy el dinero alemán (proyecto del M.R.C.A.) Para los británicos es totalmente inadmisibles que Francia trate de escapar de las servidumbres de tales formas de dependencia, especialmente en el terreno vital de la seguridad.

La operación propuesta por M. Ian Smart - que refleja perfectamente los puntos de vista oficiales - tendría por objeto ejercer un control sobre las armas atómicas francesas y neutralizarlas completamente al subordinar su empleo eventual al consentimiento - de Londres y de Bonn. De este modo se alcanzaría uno de los objetivos de la política exterior de los Estados Unidos: En el Oeste, reducir a cero toda fuerza nuclear que no sea americana o del satélite británico y volver a la famosa bipolaridad, por lo menos en esta parte del mundo, ya que en la otra la China de Mao Tse Tung ha elegido también la independencia.

No obstante, el gobierno británico (1) - y sus expertos - saben muy bien que, frente a un adversario que también dispone de él, el átomo sólo es utilizable para la protección de los intereses vitales. Un Estado sólo recurriría a él si se encontrara al borde del abismo, enfrentado a una situación desesperada. Ningún gobierno podría correr los riesgos inherentes al empleo de las armas de destrucción en masa de no ser por su propio país. Así lo entienden respectivamente los Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña y China. Hasta la fecha, todos los actos políticos o técnicos de estas naciones demuestran que no confieren otro papel a sus fuerzas nucleares. Pero, para el gobierno de Londres, Francia debería ser la excepción, para neutralizarla desde el punto de vista estratégico.

La intervención atómica común contra una potencia nuclear pertenece al terreno de los sueños. Para que pasara al terreno de la realidad, sería preciso que esta poten

(1) La "force de frappe" de la Alianza no podría conservar para el adversario su carácter de "deterrente" si su empleo eventual tuviera que ser previamente sometido a la aprobación de todos. (M. George Brown - 30 de octubre de 1963).

nuclear fuera suficientemente estúpida para amenazar simultáneamente, con las mismas armas, inspirando los mismos temores y prometiendo el mismo castigo, a Estados suficientemente ingenuos para constituir un "pool" nuclear. Sería también preciso que los participantes de esta absurda empresa interpretaran del mismo modo la amenaza común, que reaccionasen en forma idéntica y que, frente a la prueba, los dos pueblos permaneciesen en simbiosis, supuesto que lo hubieran estado antes. Si estas condiciones - más que excepcionales - no se cumplen, difícilmente se concibe que un gobierno y su pueblo vayan al desastre - inmediato y total - para sostener una causa que no es inmediatamente vital para dicho pueblo.

Se puede imaginar diversos casos concretos en los que pudiera parecer plausible que el átomo desempeñara un papel. Dejando éste limitado a casos extremos y a situaciones nacionales desesperadas, sería preciso que se sucedieran muchos acontecimientos internacionales, todos orientados en la misma dirección, para que a la postre se reunan las condiciones de la disuasión nuclear. Tras profundos trastornos políticos y militares en el Mediterráneo (desaparición del presidente Tito, estallido de la federación yugoeslava, penetración rusa hasta el Adriático, instauración "por proximidad" de un gobierno comunista en Italia, desórdenes en España después de la muerte del General Franco, etc.) supongamos que Francia - y Francia sola - se encuentre con un ultimatum soviético. ¿Quién podría creer que, en tales circunstancias, la fuerza atómica común, controlada por Londres, incluso por Bonn que la habría financiado en parte, entraría en acción, provocando como represalias la destrucción de las ciudades inglesas, incluso alemanas, a la par que la de las francesas? Antes bien, en este caso, asegurado de la parálisis del sistema nuclear común, Moscú no correría el riesgo de lanzar tal ultimatum.

Cae por su peso que, en la hipótesis en que Gran Bretaña se encontrara sola en la situación anterior y que Francia, por el contrario, se hallase aislada y segura (incluso sin grandes ilusiones acerca del porvenir), la parálisis del armamento atómico común sería la misma.

Supongamos también que, tratando de abrir el cerrojo-germano-danés que cierra el Báltico, los soviéticos se apoderan del pie de la península danesa mediante potentes fuerzas aeroterrestres no atómicas que arrollan las unidades clásicas alemanas desplegadas en ese sector. Para retener este avance de las unidades soviéticas, el gobierno de Bonn, que a financiado el "pool" atómico reclamado por los británicos, pediría a gritos la intervención nuclear, no contra las ciudades de la URSS sino contra sus tropas. ¿Quién podría creer que Londres y París contestarían a estas llamadas y que los cazabombarderos franceses y británicos irían a lanzar bombas atómicas contra las fuerzas soviéticas, obligando de este modo al invasor a retirarse o, por el contrario, a recurrir también al átomo? Está claro que, en tal situación el Eliseo y Downing Street, con total apoyo de sus opiniones públicas respectivas, preferirían discutir el asunto con la Casa Blanca o recurrir a la ONU para hallar un "acomodo" diplomático. Alemania federal no se engaña --

acerca de la situación particular en la que se halla y nadie financiaría un armamento nuclear paralizado de antemano porque sería colectivo y no nacional.

Desde los puntos político y militar, esta puesta en común de los recursos nucleares respectivos de los británicos y de los franceses no tendría ningún sentido:

- el potencial de destrucción resultaría aumentado, pero la puesta sería más del doble (Francia y Gran Bretaña en lugar de uno o de otro de dichos países), y ello autorizaría al agresor a correr mayores riesgos (y, en cuanto a las represalias, a padecer mayores pérdidas);
- la "credibilidad" de empleo -de la que tanto preocupa M. Ian Smart cuando se trata de los armamentos franceses- quedaría por lo menos dividida por dos, por no decir completamente anulada. Una amenaza dirigida contra Francia no sería necesariamente considerada como vital por Gran Bretaña, y recíprocamente. - Con mayor razón sucedería esto para los demás países europeos que contarán con una fuerza nuclear franco-británica para defenderlos. Y esto es especialmente válido para Alemania federal.

Una vez reducida la propuesta británica a su valor real: para Francia, una quimera peligrosa, para Gran Bretaña una maniobra de neutralización que se ajusta a los puntos de vista de Washington, ¿en qué medida la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común refuerza la seguridad de Europa occidental? En ninguna. Londres tiene derecho a hacer valer su aportación a la comunidad, tanto en el terreno técnico como en el de la seguridad. Pero los "continentales" no tienen la obligación de creer en ella.

Una estrategia común basada en el recurso eventual a las armas de destrucción en masa carece de significado. En cambio, una estrategia de los "medios" común a varios Estados para crear conjuntamente los instrumentos de una defensa individual nacional, sería menos irrealizable. Se podría conciliar el carácter particular de los armamentos nucleares y la reunión de los recursos necesarios para su desarrollo continuo constituyendo un fondo común para sacar de él los recursos necesarios para los estudios, las pruebas y la fabricación de las armas nuevas y para distribuir después dichas armas a los diversos participantes en esta agrupación de "medios" para que puedan, en caso necesario, emplearlos con plena independencia.

Pero, para tal política de la génesis de las armas nuevas sea concebible, sería preciso que América la consintiera, que soltara la rienda con la que se esfuerza, mediante las técnicas de punta, para mantener el control sobre los países de Europa occidental, empezando por Gran Bretaña. Sería preciso que la cooperación técnica de los países europeos fuera fuente de eficacia y de provecho - lo que falta por demostrar. Sería preciso, finalmente, que dichos países tuvieran una misma política, lo que dista mucho de ser cierto.

Gran Bretaña, Caballo de Troya de la política americana, entra en la comunidad de los Seis iniciando la ofensiva con la neutralización de los esfuerzos nucleares -- franceses. Con ayuda de contra-verdades bien maquilladas y que las opiniones públicas pueden tomar por realidades, cuenta poner trabas a la política del gobierno francés y llevar progresivamente el continente al estado de un amplio mercado de consumidores, por otra parte desprovistos de toda voluntad política y dependientes, para su seguridad, de centros de decisión exteriores.

*
* *

Durante largos años, estaba convenido, en el seno del mundo occidental, que la normalización de las relaciones entre los Estados europeos quedaría subordinada a la liquidación de la situación heredada del segundo conflicto mundial. La suerte de las provincias bálticas y de los territorios arrancados a Polonia y a Rumanía, así como la cuestión de la reunificación de las dos Alemanias, tenían que ser evocadas y solucionadas antes de llegar a un acuerdo de cooperación entre los países de Europa. Los aliados europeos, absorbidos por otras preocupaciones, desgastados por las presiones divergentes de sus opiniones públicas, impresionados simultáneamente por las debilidades de la política exterior americana y por la potencia creciente de la Unión Soviética, incapaces de oponer una línea de acción bastante firme a la obstinación con que los rusos llevan a cabo sus asuntos, actúan ahora como si hubiesen olvidado los objetivos que se habían fijado y para la consecución de los cuales habían combatido durante tanto tiempo. Los soviéticos, haciéndolos discutir acerca de la reducción mútua de las fuerzas armadas en Europa, consiguiendo la reunión de una conferencia acerca de la llamada seguridad europea, hacen consagrar su victorias y confirmar sus anexiones territoriales.

Un cuarto de siglo para pasar de los destrozos de una guerra de exterminación a las manifestaciones de tal omnipotencia: ¿cabe mejor demostración de la eficacia del régimen y del sistema? A menos que el antagonista tenga tales debilidades que el avance de uno sólo se deba al retroceso del otro.

* * * * *